



¿QUIÉN ES ESTE, QUE HASTA EL VIENTO Y EL MAR LE OBEDECEN?

Domingo XII del Tiempo Ordinario

“En la desolación y la prueba, parece que el Señor se aleja, que duerme (como en el cabezal de la barca durante la tormenta). Otras veces ha sido nuestra actitud (...) la que lo aleja de nuestro corazón. Él está allí, pero no lo vemos o no queremos verlo”.

(*Mente abierta, corazón creyente*, Jorge Mario Bergoglio, Editorial Claretiana, 2a ed., 2013.)



LA PALABRA

Job 38, 1.8-11 | Sal 106, 23-26.28-31 | 2Cor 5, 14-17

Mc 4, 35-41

Al atardecer de ese mismo día, Jesús dijo a sus discípulos: Crucemos a la otra orilla. Ellos, dejando a la multitud, lo llevaron a la barca, así como estaba. Había otras barcas junto a la suya. Entonces se desató un fuerte vendaval, y las olas entraban en la barca, que se iba llenando de agua. Jesús estaba en la popa, durmiendo sobre el cabezal. Lo despertaron y le dijeron: ¡Maestro! ¿No te importa que nos ahogemos? Despertándose, Él increpó al viento y dijo al mar: ¡Silencio! ¡Cállate! El viento se aplacó y sobrevino una gran calma. Después les dijo: ¿Por qué tienen miedo? ¿Cómo no tienen fe? Entonces quedaron atemorizados y se decían unos a otros: ¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?



Compartimos un fragmento para rumiar el mensaje del Evangelio. Forma parte de una obra que invita a contemplar “el encuentro de Jesús con mujeres, hombres y niños; con sabios, con gente atormentada, con cobardes lo mismo que con valientes. (...) cada uno de ellos nos ayudará a comprender qué quiere decir creer”.

Los apóstoles en la barca

“De manera tal vez inesperada quisiera comenzar diciendo –no para justificar el miedo de los apóstoles sino para explicarlo– que nuestra existencia se parece al lago de Tiberíades. Hay que corroborar que el oleaje y la tempestad son fenómenos normales, y hasta frecuentes, y en todo caso inevitables. Por lo mismo, en relación con los cuestionamientos y las conmociones de determinados momentos de nuestra vida, corresponde mantener una mirada objetiva. Nuestra inteligencia, nuestro corazón, nuestros sentidos conocen alternadamente los maravillosos momentos de sosiego y las profundas agitaciones del lago de Tiberíades. Frente a las tormentas, ¿qué actitud tomar? El Señor Jesús estaba en la barca.

Porque Él está con nosotros también en esas horas, es preciso ante todo creer que ninguna prueba excederá nuestras fuerzas, que el Señor calmará la tempestad cuando lo quiera.

Hemos de tener una seguridad absoluta y capaz de prevalecer en nosotros aun cuando la tentación pueda ser desgarradora. A santa Catalina de Siena que, atormentada por los demonios, se quejaba: ‘¿Dónde estabas tú, Señor?’, Jesús le respondió: ‘Estaba en tu corazón’.

(...) Ellos despertaron a Jesús. En esos momentos acosemos a Dios, lo mismo que en aquellas horas en que tantos ambientes parecen impermeables, en que la fe retrocede en el mundo. Vengan a nuestra memoria tantos versos de los Salmos y de los Profetas donde se invita a Israel a no dar descanso a Dios. ¡No dejemos que Cristo descanse en la barca! Oremos así por nosotros mismos y, cuando gocemos de íntima paz, oremos por todos aquellos a quienes las olas desencadenadas hacen tambalear.

Seguridad absoluta, atención, oración: ¿es todo lo que nos sugiere este episodio evangélico? No. Porque sobreviene un hecho impresionante: los vientos y las aguas le obedecen. A partir del momento en que Cristo manifiesta este dominio sobre los elementos, esta soberanía sobre el universo, se siente que algo ha cambiado en la conducta de los apóstoles. Su relación con el Señor toma un nuevo giro. Y es fácil explicarlo: no ante ellos, como en Caná, sino por ellos Jesús hace un milagro. Tienen necesidad de Él y, puesto que los ha escuchado y les ha respondido, a los lazos que a Él los unían se añade ahora el de la gratitud: ‘Ha hecho esto por mí’.

(...) Enfrentados al contagio del confort, de la indiferencia, del qué dirán, hemos vuelto nuestra mirada hacia Jesús y hemos dicho: ‘Tengo necesidad de tu amor sin límite, tengo necesidad de tu pasión, necesidad del soplo revolucionario que atraviesa el Evangelio’. ‘Algo falta a la pasión de Cristo’, decía de forma admirable monseñor Ghika, traduciendo pasión por ‘amor que se entrega’.

Bajo el shock de una nueva responsabilidad que nos era confiada, se levantó una especie de tempestad. Y de lo más profundo de nuestra conciencia surgió nuestro clamor hacia el Salvador. Sí, el Salvador...

Pero este Salvador, ¿lo es siempre, a cada hora, para nosotros? Este reconocimiento personal e inolvidable que acabo de evocar, ¿nos vincula con Jesús como en el caso de aquel hombre bautizado que aparece en un mosaico de las catacumbas y al cual Cristo resucitado lo toma de la mano?

Jesús es mi amor, mi alegría, porque un día Él me salvó. Porque cada día, a cada hora, tengo necesidad de Él...”.

(Creer con veinte personajes del evangelio, Ambroise M. Carré, Editorial Claretiana, 2006).



La oración de hoy forma parte de un Rosario para recuperar la fe, hallar el alivio y confiar en esa voz que resuena en el interior y nos dice en todo momento: ¡No tengan miedo! “Pedimos la gracia de experimentar a Jesús que está despierto y atento a lo que vivimos, y que desea ayudarnos a crecer en la confianza para fortalecer nuestra fe, y liberarnos de los temores más profundos”.

“Amado Jesús, aunque en algunas ocasiones
no alcanzo a comprender las situaciones dolorosas que vivo,
yo me pongo bajo tu resguardo,
para ver en cada acontecimiento tu mano amorosa y protectora.
Dame la confianza de que en el camino
irás poniendo las soluciones a cada situación.
Que sepa decir, desde hoy, ‘hágase como quieras’,
pues la misma tormenta anuncia una nueva bendición
y nos habla de tu amor. Que así sea”.

*(Rosario para superar las tormentas de la vida y recuperar la paz interior,
Gustavo Edgardo Jamut, Editorial Claretiana, 2016).*



A través de su testimonio personal y algunos ejemplos bíblicos, el Autor de esta obra nos invita a resistir y confiar para poder vencer las crisis y tormentas en nuestras vidas. Tan solo hay que aprender a descansar en la bondad y la sabiduría del Señor.

“Te vuelvo a repetir algo que ya te dije anteriormente: los abrazos más tiernos, hermosos, calurosos del Señor los recibí en las tormentas de mi vida. No me refiero a abrazos físicos, sino a abrazos interiores. Comenzar a llorar de pronto por sentirte inundado de un bálsamo de amor que te consuela y te devuelve la alegría. Luego de esas lágrimas nada ha cambiado por fuera, pero por dentro ya no eres el mismo. Es que cuando el Maestro pasa por tu vida ya nunca puedes seguir igual. Si no, pregúntaselo a Pedro, a María Magdalena, a la mujer samaritana, a Zaqueo, a Bartimeo, a Pablo.

Esto no quiere decir que debes sufrir para sentir el amor de Dios, en absoluto. Pero ten por seguro que son esas noches oscuras las preferidas de Dios para tenerte a solas recibiendo su cariño. Y que Él no es del tipo de amigos que se ‘borran’ en las malas; muy por el contrario, vendrá exactamente cuando estés en la tormenta, y aunque no lo hayas invocado, se parará del otro lado de la baranda, te tomará fuerte de la mano, y con una dulce sonrisa en su rostro te dirá: No temas, estoy aquí”.

(*Enfrentando la tormenta. Resistir y confiar es la clave*, Sebastián Escudero, Editorial Claretiana, 2015).

SEMILLERO

La misma obra de espiritualidad que acompañó la oración, presenta el aporte del papa Francisco meditando la lectura de hoy.

Reflexión del papa Francisco

“La situación que se da sobre el barco es el miedo. Cuando hay una gran agitación en el mar, el barco se cubría por las olas. ¡*Sálvanos, Señor, que estamos perdidos!*, dicen.

¡El miedo...! Incluso aquello es una tentación del diablo: tener miedo de avanzar en el camino del Señor. Hay una tentación que dice que es mejor quedarse aquí, donde estoy seguro. Pero esto es el Egipto de la esclavitud. ‘Tengo miedo de seguir adelante, tengo miedo de ir hacia donde me llevará el Señor’. El temor, sin embargo, no es un buen consejero. Jesús muchas veces, ha dicho: ¡*No tengan miedo!* El miedo no nos ayuda. Cuando Jesús trae la calma al agitado mar, los discípulos en la barca se llenaron de temor.

Siempre, ante el pecado, delante de la nostalgia, ante el temor, debemos volver al Señor. Mirar al Señor, contemplar al Señor. Esto nos asombra por un nuevo encuentro con el Señor. ‘Señor, tengo esta tentación:

quiero quedarme en esta situación de pecado; Señor, tengo la curiosidad de saber cómo son estas cosas; Señor, tengo miedo'. Y ellos vieron al Señor: ¡Sálvanos, Señor, estamos perdidos! Y llegó la sorpresa del nuevo encuentro con Jesús. No somos ingenuos ni cristianos tibios; somos valientes, valerosos. Somos débiles, pero hay que ser valientes en nuestra debilidad. Y nuestro valor muchas veces debe expresarse en una fuga y no mirar hacia atrás, para no caer en la mala nostalgia (Papa Francisco, Casa Santa Marta, 2 de julio de 2013)".

(Rosario para superar las tormentas de la vida y recuperar la paz interior).